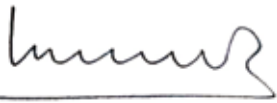


# Las comparaciones siguen siendo odiosas



**JOAN DE DOU**

Senior Lecturer de Dirección de Personas en las Organizaciones, IESE

“Dónde estás trabajando ahora?” es una pregunta común cuando dos personas que se conocen retoman el contacto, como puede suceder entre antiguos alumnos del IESE. Pero, en función de quién sea el que pregunta, pueden darse diversas respuestas. El interpelado responderá con evasivas si, después de una rápida comparación, cree que su posición profesional puede considerarse “inferior” a la de su interlocutor. Todo cambia, sin embargo, cuando piensa que el puesto es “de más nivel”.

En su libro *Happiness: Lessons from a New Science*, **Richard Layard**, economista, profesor emérito de la London School of Economics and Political Science y miembro de la Cámara de los Lores del Reino Unido, señala que los dos aspectos que hacen más infelices a las personas son el acostumbramiento, que implica no disfrutar de lo que uno tiene, y la comparación. Pero ¿qué significa compararse y cómo nos afecta?

Muchos estudios hacen válido el dicho “en el país de los ciegos, el tuerto es el rey”. ¿Qué prefiere: ganar 100.000 dólares en un entorno social en el que sus “iguales” cobran 120.000 o, por el contrario, ingresar 80.000 en un ambiente en el que los demás ganan 70.000? Habitualmente, se prefiere la segunda opción.

La conclusión es sencilla: quien opta por los 80.000 dólares actúa condicionado por el entorno. Y dejarse llevar por una comparación puede acarrear consecuencias muy negativas en la persona y, por consiguiente, en su actividad personal y profesional.

Para completar la fotografía, conviene tener en cuenta dos realidades: el entorno es voluble y la percepción que cada persona tiene de él

puede –y suele– ser errónea o parcial. Por tanto, las decisiones motivadas por la comparación no suelen ser acertadas.

Centrémonos en la empresa. Un empleado observa a aquellos compañeros que pertenecen a un mismo grupo profesional y se compara con ellos. Uno, por ejemplo, parece tener una gran sintonía con su superior. Otro obtiene mejores resultados porque, en apariencia, tiene un carácter más agresivo. Puede que el empleado reaccione intentando imitar a sus colegas, aunque la simpatía o la agresividad no sean propias de su personalidad. Nos encontramos ante alguien incapaz de controlar el impacto que la comparación con su entorno tiene en su persona, su comportamiento y su rendimiento profesional.

En el origen de la comparación se encuentra la falta de seguridad en uno mismo. La persona insegura dependerá de la opinión de terceros para lograr una felicidad que, en el fondo, es superficial y pasajera, porque se basa en los comentarios que un compañero de trabajo o un superior puedan realizar. En la empresa, cada uno ha de saber qué papel juega y cuáles son sus destrezas.

Puede resultar obvio para algunos, pero, para empezar a solucionar el problema, debemos ser conscientes de que tendemos a compararnos y de que esa comparación nos afecta en muchos aspectos. Hay gente que no es capaz de asumirlo y vive esclavizada y acomplejada, ya que siempre habrá alguien aparentemente mejor o más afortunado.

Y, por supuesto, es esencial contar con convicciones sólidas sobre las que fundamentar nuestra seguridad. Esa debería ser la vara de medir; la de los demás no sirve más que para crear un persistente sentimiento de frustración.